



**FRANZ TERMER**

Socio Correspondiente de la Sociedad  
de Geografía e Historia de  
Guatemala

La geografía de las poblaciones en Ibero América carece todavía de estudios especiales, sobre todo en la del territorio de la América Central, que se extiende entre los istmos de Tehuantepec y de Panamá. En la literatura científica centroamericana no se encuentran investigaciones sobre este tema, sino algunas pocas, que se dedican a la historia y al desarrollo de distintas poblaciones, todas de carácter urbano. Exploradores y sabios extranjeros anotaban los rasgos generales de éstas, dibujando los aspectos de calles y casas, de sus vecinos y de su vida cotidiana. Entre las relaciones de esta índole, hay varias que tratan los asuntos de manera poco científica y más o menos superficial, mientras que otras los exponen detalladamente y sin prevenciones. Las obras de J. L. Stephens, O. Stoll, M. Maudslay y J. Lentz sobresalen entre muchos libros extranjeros que se han publicado en los últimos decenios acerca de la América Central. Sin embargo, carecen de los puntos de vista geográficos modernos, en sus observaciones sobre los poblados, y no se ocupan de los rurales, sino solamente en pocas líneas de queja acerca de las deficiencias de hospedaje y de alimentación.

Tenemos que dirigirnos al vecino territorio de

México para encontrar una monografía sobre las poblaciones indígenas en el Estado de Oaxaca (Oscar Schmieder, *The Settlements of the Tzapotec and Mije Indians, State of Oaxaca, México* Berbeley, Cal., 1930). Las poblaciones aldeanas en general sirvieron de tema a la obra de George McCutchen McBride titulada "The Land Systems of México" (*Am Geogr Society, Research Series No 12, New York, 1923*). Este autor se refiere no solamente al carácter de las aldeas y poblaciones modernas, sino también a sus orígenes y transformaciones, apoyándose en muchas investigaciones y observaciones sobre historia, sociología y economía mexicanas.

La uniformidad de las poblaciones rurales aldeanas en Centro América, que en su aspecto actual representan por su homogeneidad el tipo regular de la época colonial, es tal vez el motivo de que todavía ninguno de los geógrafos modernos se ocupe de ellas, pero sin razón alguna.

En los últimos años, la geografía humana o antropogeografía, la "Geographie Humaine" de los geógrafos franceses, se ha dedicado intensivamente a la interdependencia que hay entre las urbes humanas y los elementos físicos de sus alrededores ("milieu").

escudriñando las relaciones existentes entre las poblaciones y el suelo, la morfología del terreno, la hidrografía, el clima, la vegetación, su posición en regiones centrales o periféricas de un continente, en montañas, su posición en regiones centrales o periféricas de un continente, en montañas o llanuras, etc. Muchos nuevos aspectos se han manifestado en este sentido. Las investigaciones en los países europeos y en los Estados Unidos de América han dado luz en muchas de las relaciones mencionadas.

No es fácil este trabajo, pues la fundación de un poblado, sea un rancho, un cortijo apartado, o una aldea, etc., resultado es de una acción humana, que se emprende con cierta intención para fin determinado. Así se mezclan con los elementos físicos los efectos procedentes de la inteligencia y técnica del hombre. En muchos casos es difícil separar claramente los unos de los otros elementos, principalmente en regiones del globo en las cuales la historia no nos permite escudriñar en los siglos anteriores a su conquista por los blancos.

El estudio antropogeográfico de las poblaciones humanas exige investigación de su desarrollo histórico, para separar debidamente los dos grupos de elementos fundamentales ya mencionados. Si faltan documentos y títulos, la obra se complica bastante. Entonces tenemos que apoyarnos en hipótesis.

Entre las poblaciones rurales centroamericanas, nos impresiona su constante unidad, representada por sus trazos y la construcción de las casas. Sin embargo, resaltan ciertas diferencias y desigualdades, si las observaciones son más precisas. Tales diferencias resultan

1º, del modo de la fundación en tal sitio (si se efectuó en tiempos prehispánicos o coloniales, si sus fundadores fueron autoridades políticas u órdenes religiosos de misioneros),

2º, del tipo de población (si se trata de ranchos solitarios, o de casas agrupadas en determinado sitio, caserío y aldea o de una población completa en forma de pueblo o villa),

3º, de varios elementos geográficos, como la situación topográfica (por ejemplo, en una región cubierta de selvas espesas o de sabanas y chaparrales, en tierras bajas y calientes o en montañas altas y altiplanicies templadas)

De antemano hay que subrayar que las poblaciones rurales en la actualidad ni pueden ser comprendidas ni explicadas, si no se considera su desarrollo en los tiempos históricos, o por lo menos desde una época comprobada por títulos y documentos a propósito. Precisamente en las regiones del Norte de la América Central, habitadas por una densa población autóctona, los sitios rurales en su estado actual, pueden ser explicados más bien por su historia que por la geografía física de sus alrededores. No son muchos los restos de los antiguos sitios rurales que se conservaban hasta nuestros tiempos, y lo poco que existe, no siempre nos proporciona los rasgos característicos de su origen en los tiempos pasados.

I

Contemplemos primero las poblaciones indígenas en las tierras altas y bajas de la América Central, empezando nuestra investigación en los decenios de la conquista —por falta de espacio omitimos los tiempos prehistóricos—. Hallamos entre los pueblos civilizados de los mayas y nahuas, establecimientos del tipo rural y urbano, por ejemplo en Los Altos, de Guatemala, en Yucatán, El Salvador y Nicaragua. Fuera de estos territorios, predominaban, entre las tribus indígenas primitivas, cabalmente en el Sur de la América Central, los sitios pequeños del tipo aislado y no agrupado. Falso es figurarse los antiguos establecimientos urbanos en Centroamérica como verdaderas ciudades análogas a los tipos modernos. Ciertamente es que los cronistas españoles han descrito así las ciudades indígenas, pero han exagerado su extensión y el número de sus habitantes. Por eso no han correspondido sus noticias al carácter particular de las "ciudades" de los indios, ni aun en Guatemala.

En Yucatán la situación era otra. Allí la escasez del agua impulsaba a la gente a fundar sus pueblos y ciudades en la cercanía de los "cenotes" típicos, para la formación del Karst de la península, pues en esa región de calizas, el agua corre en cuevas y cañones subterráneos. Faltan los ríos superficiales casi en toda esa comarca. Solamente en algunas localidades está abierta el techo de las cuevas subterráneas, de modo que en el fondo de los abismos el hombre encuentra un depósito inagotable de agua dulce. Los cenotes determinaban los núcleos para la fundación de muchas poblaciones del tipo urbano. Cuando llegaron los españoles a Yucatán, hallaron todavía algunas de aquellas ciudades, bien que estaban más o menos en plena decadencia, pero varias de ellas fueron después cunas de aldeas y pueblos coloniales. Así se formó la capital del Yucatán, Mérida, en una ciudad prehispánica, *Tihoo*.

Las regiones cubiertas de bosques en el Norte de Guatemala contuvieron una sola población urbana indígena, en los tiempos coloniales, Tayasal, fundada en una isleta del lago del Petén. Era la metrópoli de los belicosos itzaes, que visitó Hernán Cortés en su famosa expedición de 1525, siendo él el primer europeo que lo hacía junto con sus atrevidos compañeros, pero, después de 173 años, los españoles lograron conquistar Tayasal definitivamente, en 1697. Su circuito se estimaba como de tres cuartos de legua más o menos. No tenía calles, de modo que la traza de la población era irregular, mas existía una plaza en que estaba un templo, no habiéndose identificado los demás lugares de la ciudad en donde estaban erigidos los otros santuarios o *cúes*.

En general, predominaban en las regiones bajas de la tierra caliente las urbes agrupadas en medio de terrenos cultivados, como los señala en nuestros días el aeroplano que lleva al viajero sobre los vastos llanos de Yucatán. Tales lugares estaban formados de unos pocos ranchos, que son los domicilios de las familias indígenas. Cerca de los poblados se extendían los campos cultivados, las arboledas de cacao, aguacates, zapotes y otros árboles frutales propios del trópico. Al

lado de los ranchos se hallaban algunas jaulas de madera, con animales silvestres cogidos en las montañas, como monos, paujiles, papagayos y otros, lo mismo que se ve hoy entre la gente indígena en la tierra caliente. Más afuera del circuito de los ranchos, tal vez separados de ellos por una zona de selvas, estaban las milpas, cuyos terrenos se cambiaban muchas veces, porque la agricultura de los indios con sus métodos primitivos cansaba y empobrecía mucho el suelo en las selvas tropicales.

Varios de tales lugares apartados en los bosques se reunían por la asociación de sus tribus, cuyo centro político estaba más o menos en medio del conjunto de los poblados, reconocible por sus edificios de cal y canto, palacios de uso profano, pirámides, templos y las casas de los sacerdotes. La gente se juntaba en tiempo de fiestas en estos lugares o se refugiaba allí durante las guerras, si no abandonaba sus ranchos y huía montaña adentro. Todavía en el siglo XVI se crearon tales situaciones en el Norte de Guatemala, pues Hernán Cortés nos las describe, de cuando penetró en las selvas al lado Sur del río Polochic.

En Los Altos del Norte de Centro América encontramos situaciones semejantes. Allí la mayoría de la gente habitaba apartada en las sierras, mientras que en el lugar medio de los territorios que ocupaban las tribus, se hallaban los centros político-religiosos, las "ciudades" de los cronistas, con sus construcciones de piedra para los caciques, y templos, y con casas para los sacerdotes. El carácter estratégico de tales poblaciones altenses resalta todavía mucho más que en la tierra caliente. Sería un empeño provechoso para un entendido militar el investigar la naturaleza de los sitios indígenas prehispánicos y establecer sus relaciones estratégicas, y por lo general de carácter defensivo. Su posición en las faldas de las sierras o en las plataformas aisladas, rodeada en dos y tres lados, o totalmente por profundas barrancas, estaba siempre favorecida por la naturaleza del paisaje (Mixco Viejo, Zaculeu, Rabinal, Utatlán, Iximché, San Mateo Ixtatán y otros en Guatemala, Quelepa en El Salvador, Tenampua en Honduras). Hállanse tales situaciones, principalmente, en los bolsones, con sus depósitos de materiales flojos volcánicos (arenas y tobas de pómez, talpetate), pues las fuerzas destructivas atmosféricas y acuosas disecan esos terrenos, creando barrancos profundizados con declives casi perpendiculares, que separan restos de plataformas o cerros peñascosos. En las antiguas "capitales" de los quichés (Utatlán), de los cakchiqueles (Iximché), Pocomanes (Mixco Viejo), se aprecian hasta hoy esas circunstancias. Allí también se conoce cómo los conquistadores y cronistas españoles y coloniales exageraron el tamaño de las "ciudades", pues es imposible que una muchedumbre de varios miles de hombres hubiera poblado la estrecha planicie en los citados sitios, ni aun en tiempo de guerra. Igualmente exageradas son las noticias de Fuentes y Guzmán hablando de ciudades indígenas compuestas de 8,000 hasta 10,000 casas. Ciertamente todas estas "ciudades" eran centros destinados a los cultos religiosos, o para los gobernantes y sus dependencias, sirviendo como retiros en guerras a la gente de los alrededores.

En tiempos de paz las habitaban solamente los soberanos y sacerdotes con sus comitivas. Parece bien que en los sitios más pequeños los caciques se radicaban en ellos solamente unos meses, pues sabemos que tenían sus casas particulares afuera de las "ciudades", en medio de sus labranzas o milpas y que llegaban para las "villas" en ciertas ocasiones, principalmente en las fiestas.

El viajero que en nuestros días transita por las antiguas poblaciones indígenas altenses de Guatemala, observa en la mayoría de ellas la ausencia de aguas corrientes para usos domésticos. Los antiguos habitantes la encontraban en el fondo de las barrancas, de donde tenían que llevarla hacia arriba. Puede imaginarse cómo una banda de enemigos podía fácilmente cortar el agua a los opugnados, pero en tanto que las crónicas nos dan algunas noticias acerca de ello, la táctica indígena apenas usaba opugnaciones largas, sino que prefería las batallas en el campo. Así, es admisible que el problema de proveerse de agua potable durante una opugnación, no era tan importante. Uno de los lugares más interesantes, es tal vez el de las ruinas de Xeococ, cerca de Rabinal, en Guatemala, que cubren una escarpa de la sierra compuesta enteramente de una multitud de edificios religiosos y de palacios. Hoy esta región es tan seca en el verano, que apenas en las barrancas cercanas corren riachuelos y arroyos, solamente a la distancia de una legua corre un río permanente. La situación moderna de Xeococ respecto a la provisión de agua potable, aparece enigmática. Es probable que en los tiempos remotos, tal vez fue otra dicha situación, es decir, más favorable que hoy en día, pues es verosímil que antes hubo muchos más bosques en las sierras cercanas, y con esto más humedad en el suelo, lo que quiere decir más fuentes y arroyos en los barrancos. Estos bosques se destruyeron en los siglos coloniales y en el último recién pasado, de modo que el cambio en el carácter del paisaje es manifiesto hoy, siendo otro antiguamente, cuando Xeococ era uno de los centros más espléndidos entre los urbanos de las serranías de Guatemala. No está comprobado si los habitantes de esas partes de la República usaban antes cisternas, como lo hacían los mayas en la tierra caliente, en forma de "chultunes". En las ruinas de Bacameb, cerca de San Miguel Uspantán, observamos pequeños tubos de cal y canto en el piso de la plaza central, que quizás servían para conducir el agua a una cisterna subterránea. Ximénez nos dice con respecto a la habitación rural, que la mayoría del pueblo habitaba los alrededores de las "ciudades". La "ciudad" se llamaba en Los Altos de Guatemala "tinamit", nombre de la lengua *naua* (*tenamitl*: muro de ciudad), mientras que las poblaciones aisladas y agrupadas eran nombradas "ama'k", término de la lengua Quiché y Cakchikel.

## II

Los poblados rurales prehispánicos en Guatemala eran, en su mayor parte, ranchos aislados y pequeñas aldeas agrupadas, que se extendían en las faldas de las sierras, pues los valles entre las cordilleras son mu-

chas veces tan estrechos y encajonados, que no se podían fundar las poblaciones, con sus milperías, en el fondo. En las faldas se rozaban las selvas para las milpas, usando para preparar las sementeras macanas o palos de siembre, muy apropiados en las vertientes escarpadas. En los Altos del Occidente de Guatemala, los bolsones o "valles" estaban poblados intensivamente en forma de aldeas agrupadas, por ejemplo, en los valles de Quezaltenango, de Totonicapán, del Quiché y de Huehuetenango. Las sierras que separan estos valles estaban cubiertas con bosques espesos, despoblados en los siglos prehispánicos, o, a lo más, ocupados por unos pocos ranchos apartados. Estas sierras formaban también las fronteras naturales entre las tribus indígenas. Las faldas de los volcanes estaban despobladas, sobre todo por la escasez de aguas corrientes.

Pasemos ahora a la costa del Pacífico. En la época de la conquista estaba en su mayor parte ocupada con poblaciones rurales, colocadas en las terrazas entre los barrancos, y más abajo, en las riberas de los ríos costeros, donde las inundaciones no se ensanchan. En general, es el cuadro de las poblaciones igual al de Los Altos en medio del conjunto de varios sitios aislados y agrupados se encontraba el centro religioso, compuesto en la tierra caliente del Pacífico de Guatemala, de túmulos construidos de piedras flojas y de tierra. Creemos que los domicilios de los gobernantes y sacerdotes, erigidos en terraplenes iguales como en la tierra caliente atlántica, estaban hechos de maderas, con techos de paja u hojas de palmas, pues en la región costera del Pacífico no había piedras macizas o rocosas, como las calizas del Norte de Guatemala;

de modo que faltaba el material para construir palacios macizos, como en el Petén, o en otras partes de la región maya. Hubo, sin embargo, grandes piedras separadas en los declives del Pacífico, casi todas volcánicas, lanzadas por las frecuentes erupciones, pero las usaban los antiguos pobladores más para monumentos o como lajas, con las cuales cubrían las faldas de las pirámides. Así halláanse en el territorio pipil de Cotzumalguapa los restos asombrosos de templos y monolitos grabados ("El Baúl", "El Castillo", "Pantaleón", etcétera).

Sobre todo, parece que las tribus *nahuas* preferían construir así sus pueblos completos, tal vez de carácter urbano. Se puede comprobar esto en México, la patria de esas naciones, y presumirlo para la América Central, donde penetraban secciones de los *nahuas*, dilatándose hacia Nicaragua. Ya don Pedro de Alvarado anota en su relación los muchos pueblos grandes que encontraba en la tierra baja de El Salvador. Igualmente se hallaban en los llanos de la región del Pacífico nicaragüense, al lado de los lagos y del mar, varios pueblos, grandes, pero los primeros conquistadores no los llamaban "ciudades". Oviedo y Valdés ha descrito bien este tipo de Managua. Pedro Martyr habla de poblaciones de dos mil ranchos, y Gomora dice que los pueblos en esa región eran pequeños. Las casas de los caciques y nobles eran diferentes de los ranchos del vulgo, y rodeaban las plazas grandes. Además, había poblaciones rurales ("behetrías"), en las cuales no se conocía ninguna diferencia de clases, y cuyas habitaciones, por lo mismo, eran iguales y uniformes. El Obispo Las Casas, en fin, hace mención de pueblos largos, en Nicaragua, que se extendían por tres o cuatro leguas.



Tipos de Ranchos de la Costa del Pacífico de Centroamérica.

En todas las demás partes de la América Central era la habitación rural, en el siglo del descubrimiento, del tipo de sitios pequeños, con ranchos dispersos en las montañas. También los pinales ("pineridges"), en la zona atlántica de Nicaragua encubrían tales sitios, mientras que en la costa misma se hallaba solamente un pueblo algo más grande, llamado Caruari (Cariái en la dicción de los primeros descubridores). La población más intensiva de esas regiones se efectuó, cuando se extendieron los zambos, en los siglos XVII

y XVIII. Si el Obispo Pedraza en su extraña relación acerca de su marcha a través de las tierras costeñas de Honduras, habla de poblaciones muy grandes, con calles y plazas, ello no deja de ser una fábula. Nunca existieron allí ciudades de tal magnitud. Todavía hoy recuerda la gente del Noreste de la República de Honduras, una ciudad grande, antigua. Sentimos mucho no haber visitado la región de Tegucigalpa, para averiguar lo que hubiera sobre el particular, pues la revolución hondureña de 1926-27 no permitió viajar por esas regiones atlánticas de la República



Rancho de la Región Central y Atlántica de Centroamérica

En el Sur de la América Central hay tipos de poblaciones que son de origen suramericano, trasplantados por las tribus de la familia chibcha. Allí encontramos la habitación en grupos apretujados en un solo "palenque", como llaman a las casas de la parentela. Debajo de un techo alto y cónico, los hogares de los miembros del mismo linaje. Alrededor de tales sitios se extendían las milpas. En su interesante relación del siglo XVII, describe Lionel Wafer, médico de los filibusteros, las poblaciones indígenas en el istmo de Panamá. Las chozas están separadas unas de otras en las orillas de los ríos, o en las faldas de las sierras, en medio de maizales y platanares. En pocos distritos se juntan unos ranchos en pueblitos sin caminos ni calles. También en esos lugares se hallan cerca los campos de cultivo a las poblaciones. Un lugar en la población está reservado para el depósito de provisiones, que sirve igualmente como plaza fuer-

te, y estaba habitada siempre por una familia que servía de guardia.

Lo mismo es el tipo moderno de la habitación rural entre los indios guaimies de Panamá. Viven separados en grupos de familias, habitando ranchos cerca de un río, fuente, o en una sabana. Siempre están contruidos éstos arriba de una plataforma, en un terreno quebrado. Los sitios de los sumos y mosquitos en la costa atlántica de Nicaragua se dilatan a las orillas de los ríos, lagunas y costa del mar, porque las comunicaciones más fáciles entre ellos se efectúan por agua. Los mosquitos habitan poblaciones grandes, de unas cien a quinientas almas, mientras que los sumos prefieren sitios pequeños de 6 a 25 vecinos, repartidos en 2 a 6 ranchos.

Las crónicas de la época colonial, por lo demás, dan pocos informes sobre la habitación rural en la América del Centro meridional. Generalmente se

puede suponer que el modo de poblar era semejante al del Norte de la tierra firme. Entre las casas predominaban las construcciones de madera, en algunos distritos las paredes de los ranchos se erigían sobre una base de piedras, pero eso era muy raro. El tipo de villas o ciudades que encontramos en México y Yucatán estaba reemplazado en el Sur por el tipo de pueblos o aldeas dilatadas. En la península de Nicoya demuestran las "huacas" una densa población, en una extensión estrecha, y las excavaciones del arqueólogo sueco C. V. Hartman comprobaron lo mismo en los altos de Costa Rica.

Los templos erigidos en plataformas (Las Mercedes), y los antiguos caminos en Nicoya comprueban que fueron los centros de una población más densa, como lo hacen también los cementerios extensos con sus círculos de piedras en Nicoya, Chircot, etcétera. Esas construcciones servían como bases de los "palenques", cuyo diámetro, de 12 metros, más o menos, corresponde a los palenques indígenas modernos. Los güetares, en los altos de Costa Rica, construían solamente pequeñas aldeas.

#### IV

Cuando los españoles hubieron conquistado la América Central, destruyendo gran parte de los aborígenes en Honduras, Nicaragua y Costa Rica, la habitación rural fue transformada totalmente en el tipo que aun se conserva ahora. Los blancos necesitaban el auxilio de los naturales para explotar las riquezas de los países subyugados, por medio de la agricultura y la cría de ganados o por la extracción de los minerales (especialmente en Honduras).

Tal ayuda se obtuvo por fuerza. Así se desarrolló el sistema económico-social de los repartimientos, bien conocido, como lo suponemos. Los extranjeros fundaban poblaciones en el monte para avecindar en ellas a los indios, repartidos, transformación que se efectuó rigurosamente. Así se organizó un nuevo tipo de establecimientos "por fuerza", iniciado por las autoridades políticas y las órdenes eclesiásticas. La conversión de los indígenas se dificultaba bastante por lo aislado de los sitios ya repartidos, y lo mismo pasó con respecto a su reunión política al lado de las autoridades civiles. Además de esos tipos de poblados hubo las haciendas de los conquistadores, las fincas chicas de los propietarios menos ricos, y los fundos grandes de las órdenes religiosas. Excepto las de estos últimos, las otras poblaciones coloniales se han conservado hasta nuestro tiempo. Con ellas se formó en el siglo XIX la finca moderna, que comprende tipos grandes y pequeños, y desde el principio del siglo XX la colonia aun más moderna de obreros, que se encuentra en la zona bananera de la Costa Atlántica de Centro América. Por fin, citamos poblaciones rurales transitorias de un tipo especial en la zona del Atlántico de Guatemala y Costa Rica, que erigían los europeos emigrantes en el siglo pasado. Perecieron esas colonias a los pocos años, por el clima del lugar y las enfermedades consiguientes. En los dos últimos decenios se implantó un tipo especial de poblaciones en la América Central, por las tropas norteamericanas

que se radicaron en la zona del Canal de Panamá. En el presente trabajo no trataremos acerca de él, en detalle.

Las poblaciones fundadas por los españoles se hallan en los altos y en la tierra caliente, en las cordilleras y en los valles extendidos entre cadenas paralelas, como en Guatemala (Valle de las Vacas), o en Honduras (Valle de Gracias, Valle de Olancho, etcétera), en los jicarales y chaparrales con su clima seco, y en las selvas húmedas de los terrenos bajos. Son las poblaciones de esta especie más escasas en la zona Atlántica que en la del Pacífico, pues ésta era la preferida por el comercio y tránsito, gracias a su posición geográfica relacionada con el istmo de Panamá, ruta importante para la exportación e importación de la América Central con España. En la región interior del Pacífico los caminos principales comunicaban los centros de comercio significativo, con sus ramificaciones de Los Altos y a la costa baja. Además, la zona del Pacífico no fue objeto de tantas invasiones y saqueos de los filibusteros como la Costa Atlántica. Los sitios algo mayores se formaron allí protegidos por fuertes o puertos fortificados, como Omoa, Trujillo y San Felipe, este último a la orilla del lago de Izabal. Las otras poblaciones eran lugares insignificantes, habitados por zambos pobres y mestizos, iguales a la habitación rural moderna, en esa misma región.

En las zonas interiores centroamericanas los pueblos se extienden a lo largo de los declives de las cordilleras (por ejemplo, la Sierra de Chuacús, en Guatemala), en donde ocupan muchas veces las estrechas mesetas, las pendientes y las terrazas en los valles. En los altos Cuchumatanes, con sus profundos valles, las poblaciones establecidas por los conquistadores están circunscritas a los declives del Sur y del Poniente o situadas en los pocos terrenos llanos que existen cerca de Nebaj, Cotzal, Chajul, y en la altiplanicie occidental (Santa Eulalia, Soloma, etcétera). San Mateo Ixtatán está fundado en lo alto de la falda de una montaña, y sus casas se agrupan al lado de unos templos prehispánicos. Los fundadores del lugar, misioneros dominicanos, eligieron el sitio para construir su capilla muy cerca de los templos paganos, para que poblasen sus feligreses, los indios chujes, alrededor de su santuario. Igualmente los otros pueblos del Occidente y del Oriente de los Cuchumatanes fueron fundados por los misioneros, llamados los últimos los "pueblos de la sierra". Siempre se reunían poblados indígenas de sitios aislados, habitados por naturales, en una población nueva, que se consideraba como una reducción. La mayor parte de los pueblos y aldeas modernas en el Norte, Noreste centro de Guatemala, proceden de tales reducciones.

Los misioneros o autoridades civiles bosquejaban primero un trazo del pueblo nuevo, igual en todas partes en Ibero América. Todavía hoy hácese notar la uniformidad de los pueblos coloniales. Si se describe el trazo de unos de ellos, corresponde la descripción también a los otros. En primer lugar se trazaba una plaza rectangular en el centro de la población, en un lado se construían la iglesia, que era de cal y canto, con una torre más o menos grande y paredes gruesas en Los Altos, mientras que se la construía de madera

con un techo de hojas en la tierra caliente. Al lado de la iglesia estaba el convento, con un patio cuadrangular y otro más pequeño hacia atrás, flanqueado por la cocina, los almacenes y la caballeriza, para las bestias de montar y de carga. En frente de la iglesia, al otro lado de la plaza, estaba el cabildo, con sus oficinas, archivo, y la cárcel, cerca de ella la casa de huéspedes para los viajeros, que hoy se ha substituído, en muchos pueblos, por la escuela. Partiendo de la plaza se trazaban las calles rectilíneas, tiradas a cordel, las unas en dirección Norte a Sur, las otras de Oeste al Este. Resultó de esa manera un trazo en forma de tablero de ajedrez. En medio del pueblo o a uno de sus lados, corría un arroyo o río, frecuentado por las lavanderas. El agua potable se tomaba de la pila construída en medio de la plaza y que se usaba, además, como lavadero público, si el agua corriente quedaba demasiado lejos de la población.

Las reducciones procedían, como se ha dicho, de la reunión de muchos sitios pequeños. García Peláez anota varios ejemplos. Así, en Chajul se juntaron once sitios dispersos. En las selvas de la Alta Verapaz, donde las reducciones se hicieron por orden del Obispo Las Casas y de los padres dominicos, las familias indígenas dispersas fueron colocadas en los pueblos de la misión. Los lugares para los poblados se escogían tomando en cuenta el agua corriente y el tránsito. Muchos de los pueblos se ordenaban en los caminos reales, como pasó en las orillas occidental y meridional de los Cuchumatanes, en la altiplanicie de la misma montaña, en la Alta Verapaz, en el Oriente de Guatemala, en Honduras y El Salvador. Otros poblados fueron colocados en el centro o al lado de un territorio indígena (Cobán, Nebaj, Rabinal, Cahabón). Era muy difícil el acostumar a los indios, a la larga, a este nuevo modo de poblar que les separaba de sus milpas. Así, se huían muchas veces a las montañas espesas, para establecerse en ranchos aislados. Expediciones difíciles y fatigosas tenían que ser emprendidas para reducir a los fugitivos. Unas veces se trasladaron los restos de una nación indígena, a otras regiones del país, por ejemplo los choles que estaban establecidos en el pueblo del Chol, en la Sierra de Chuacús. Pero los naturales, originarios de la tierra caliente, no soportaban los trabajos en las milpas de la tierra fría, de modo que difícilmente se conaturalizaban, y por último se volvían peones en las fincas de azúcar, dependientes de amos blancos y mestizos. Todavía en el siglo XX hubo reducciones de los naturales. En 1915, por mandato del Gobierno de la República de Honduras, se reunieron 150 sumos que habitaban en ranchos aislados las orillas de los ríos Patuca y Wampu. Con ellos fue poblada la nueva aldea de Sumal. Pero en 1918 este sitio, fundado principalmente para la misión escolar, fue abandonado.

Durante la época colonial se extinguieron muchos pueblos y aldeas rurales. Las causas de su decaimiento radicaban en las persecuciones de los indígenas, para reducirlos a la esclavitud (en las minas de Honduras), y en las enfermedades contagiosas (principalmente, la viruela), que mataban miles de aquellos infelices. Además, los corsarios destruyeron varias

poblaciones en la Costa Atlántica durante el siglo XVII, si no se prestaban los naturales a hacerse sus aliados contra los españoles. Tenemos de ello, como ejemplo, los alrededores del lago de Izabal, en donde había muchas poblaciones a sus orillas, todavía en el siglo XVI, que quedaron abandonadas a finales del siglo XVII o continuaban subsistiendo solamente con muy poca gente. Hace pocos años diezmó la epidemia de la gripe a la gente indígena y mestiza, en muchos pueblos y aldeas en Guatemala, tanto que, por ejemplo, en el pueblo de Santa Isabel, del departamento de Huehuetenango, en 1926 no quedaron sino unos 60 habitantes, donde residían antes 340.

Aparte de las poblaciones habitadas por indígenas, hubo en el siglo XVI otras, en las cuales residían solamente mestizos, pues el Gobierno español había emitido ciertas leyes prohibiendo la residencia de indígenas y ladinos juntos, en una misma población. El resultado no fue siempre el que se propusieron las autoridades en la península. La gente mestiza, dedicándose a la agricultura y al comercio, encontraba en los pueblos indígenas muchas posibilidades para sus operaciones lucrativas. No obstante, la suerte de ciertos pueblos mestizos se cambiaba muchas veces. Unos tantos tenían que ser abandonados, sea por razón de las enfermedades, sea por la enorme cantidad de murciélagos y vampiros, como pasó, por ejemplo, en el pueblo de Ostuta, en Chiapas, o en unas aldeas de la zona del Pacífico, en Guatemala. Allí los mozos muestran hoy día al viajero, en el Norte de Santa Lucía Cotzumalguapa, las ruinas de una iglesia en medio del monte, sitio que se llama San Juan Perdido. Existía antes, hasta el siglo XVII y existe aún la tradición de que fue despoblado por razón de los muchos vampiros, que hacían daños, tal vez menos a la gente (como se cuenta), que a las bestias y ganados. Estudiando las crónicas de Remesal y Ximénez, García Peláez y otros, se encuentra una multitud de nombres de poblaciones desaparecidas en Chiapas, Guatemala, El Salvador y en los demás países centroamericanos.

En las selvas de la zona norteña de Guatemala la gente abandonaba sus aldeas o ranchos apartados, por razón del suelo empobrecido de substancias nutritivas, o por las enfermedades, o la escasez de los víveres, estableciéndose en otros lugares más propicios, como sucedió probablemente lo mismo, en los tiempos de los mayas más antiguos. Y parece que un día se agotaron uno o varios de los pozos subterráneos, fuentes necesarias para la vida de los pobladores, que por ello abandonaban sus lugares. En una tierra donde las capas geológicas están compuestas principalmente de calizas y dolomitas, como en el Petén, bien pudo ser que terremotos subterráneos destruyeran las cuevas, derramando las aguas en los fondos. Los terrenos así abandonados se cubrían con matorrales y monte. El Padre fray Agustín Cano, radicado en el Norte de Guatemala en la segunda mitad del siglo XVII, ha descrito los lugares despoblados en esta zona montañosa. Se puede suponer que durante el siglo XVII se reducían considerablemente las poblaciones rurales en el Norte de la América Central.

En pocas palabras tocaremos un tipo especial de la habitación rural, limitado a Guatemala y El Salva-

dor, establecido por los españoles. Se conoce que los conquistadores en sus expediciones fueron acompañados por tropas auxiliares indígenas mexicanas, gente bien probada en las batallas, originaria de Cholula y de Tlaxcala. Después de la conquista de Guatemala y Cuscatlán, esas tropas fueron retenidas en dichos países y establecidas en poblaciones especiales, cabalmente cerca de la capital de la Antigua Guatemala, Xelajú y Totonicapán. El pueblo de Mexicanos, próximo a San Salvador, demuestra todavía, en su nombre, el origen de sus habitantes primitivos.

El conjunto de las varias formas de la habitación rural en Centro América, hoy de un aspecto tan uniforme, resulta del desarrollo de los países mismos en la época colonial, transformándose de los tipos prehispánicos al tipo colonial, introducido de la península de España. Hemos comprobado que la transformación de la habitación rural se provocó en las tierras calientes por factores climáticos, por la extenuación de los terrenos cultivados, y por ciertas enfermedades tropicales, en la tierra fría, principalmente, por influencias sociales, políticas y eclesiásticas. La escasez de documentos y títulos originales dificulta mucho los estudios acerca de la habitación rural, principalmente en las regiones pobladas por gran cantidad de indígenas, para comprobar, en cada caso, el origen de una población. Todavía más difícil es este empeño, para las regiones abandonadas por los aborígenes, porque hay pocas noticias sobre esos pueblos en las crónicas de los misioneros y en las actas del orden civil, si no faltan por completo, como, por ejemplo, en partes de Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá.

## V

La habitación rural presente en la América Central, comprende el tipo ya descrito en forma de pueblos al estilo colonial. Alrededor de las poblaciones se extienden los terrenos comunales, particulares, o arrendados. Algo más lejos, el pueblo está circuido por aldeas y caseríos, principalmente en las cordilleras, habitados por gente rural. No hay iglesias, sino una capilla visitada por el cura en ciertos días festivos del año. En mis viajes, los mazos me dijeron muchas veces, cuando nos acercábamos a un lugar desconocido para ellos: "Este no es pueblo, pues no tiene iglesia, patrón".

Las aldeas no tienen la traza cuadrada o rectangular de los pueblos, más bien son semejantes al tipo de ranchos dispersos. Los caseríos se componen de unos pocos ranchos aislados, distante el uno del otro, cada uno en medio de las milpas de sus familias respectivas.

Este tipo iguala mucho a las poblaciones indígenas prehispánicas en la tierra fría. En los altos Cuchumatanes orientales, por los distritos de Nebaj, Chajul, Iloom, he observado este tipo antiguo, en unas aldeas que se dilatan por medio legua en los declives de los valles profundizados. A tales tipos se refiere Ximénez, cuando compara, con alguna exageración, la extensión de las aldeas poco pobladas, con la ciudad de Sevilla. Aun hoy, los ranchos se ocultan en las milpas, apenas se ven los techos arriba de ellas.

Muchas veces están colocados estos sitios en los salientes aplanados de los declives, en lugares en que hay fuentes, gracias a la formación geológica, o se encuentran en terrazas elevadas sobre el fondo de los valles. Las pendientes escarpadas se cultivan por medio del método de sembrar con la "macana".

Son tales tipos característicos, para los distritos, con una población densa de indígenas, principalmente entre los chujes, ixiles y quichés de Guatemala. No menos interesante es que los ladinos poblaron los fondos de los valles y las terrazas bajas fluviales de ellos. Resulta esto de la propagación de la gente ladina en los altos Cuchumatanes centrales durante los últimos treinta años (desde 1900 más o menos), encontrándose como terrenos desocupados solamente los valles profundos (por ejemplo Río de Amelco, Barillas, etcétera). El tipo de la población ladina allí, está constituido por la aldea dilatada (Amelco, San Francisco, cerca de Quisil), o de finca (zona de Barillas). También hay molinos aislados con terrenos particulares (Quisil).

Los pueblos en la zona del Pacífico tienen un carácter algo diferente, principalmente en Guatemala y El Salvador. Fundados en la época colonial, se establecieron en ellos ladinos y pardos, también negros, como comerciantes, mientras que los indios se domiciliaron afuera, entre sus plantaciones de cacao y maíz. El Padre fray Alonso Ponce nos describe muchos ejemplares en su interesante relación, de la segunda mitad del siglo XVI. La transformación de esta zona en un centro de cultivo de café y caña, conservaba, no obstante, las pequeñas agrupaciones indígenas compuestas por las chiquitas plantaciones llamadas "labores". Junto con los naturales cultivan en ellas los ladinos un poco de café, caña y maíz.

## VI

Este último nos conduce a la habitación rural moderna de la finca y hacienda, tan característica hoy para las zonas económicamente explotadas de las tierras caliente y templada. Hállase este tipo en toda la América Central originado desde los siglos coloniales. Provocólos la importación de la caña y del ganado europeo en el siglo XVI, en forma de latifundios de dueños civiles, eclesiásticos y de órdenes religiosas. Los terrenos eran poseídos por los dueños junto con los indígenas, que los ocupaban antes. El amo permitía a la gente autóctona permanecer en ellos y cultivar sus labrantíos, pero esa concesión tenía como recompensa el trabajo regular de los naturales. Así desarrollaba el sistema del "peonaje", ya conocido en otros países iberoamericanos, y se transmitió a la finca moderna que se dedica a la crianza de ganado vacuno, al cultivo de la caña y a la cría de la cochinilla, labores todas que necesitan gran cantidad de trabajadores. En fin, se introdujo en Guatemala y otras Repúblicas de Centro América, el cultivo del café, que transformó completamente la base económica, pero dejó los métodos antiguos para obtener la misma gente trabajadora, porque eran las más prácticas.

El cuadro de una finca de esta índole es el mismo en todas partes: en el centro queda la casa del dueño

o administrador, con las oficinas y departamentos de los empleados. Los beneficios, patios y la maquinaria para la fuerza y la luz, casi siempre movida por agua corriente, se hallan a continuación y no lejos del centro se siguen las caballerizas y almacenes. Más o menos alejados de este grupo de edificios, están situados los ranchos de la gente trabajadora, muchas veces enfilados a lo largo del camino principal, que cruza la finca. Allí viven los colonos, en su mayor parte ladinos, que trabajan todo el año en la finca. Afuera de esta población así descrita están erigidas las galeras para los jornaleros y sus familias. Completan el lugar la iglesia y la escuela, y no faltan una o dos tiendas, de modo que una finca grande semeja una aldea o un pueblo pequeño. Alrededor de la parte habitada de la finca se agrupan los cafetales, escondidos en la sombra de plátanos u otros árboles de abrigo, intercalados con potreros. Las fincas de caña tienen, además, grandes ingenios para la fabricación del azúcar, con métodos modernos, cuyas chimeneas altas las caracterizan a lo lejos.

En las regiones más remotas las fincas pequeñas reemplazan las grandes haciendas. Sus amos ladinos cultivan el café y la caña, con métodos primitivos, usando para la extracción del jugo, en muchas partes, trapiches movidos por fuerza de manos o de bestias. Las casas son ranchos simples o pequeños bohíos de madera o de adobe, con techos de teja o de paja. La Zona Reina, cultivada desde hace unos treinta años, nos muestra claramente esos tipos de la habitación rural en Guatemala.

Algo diferente del anterior es el tipo de las fincas de mediana y de pequeñas extensión en la Alta Verapaz. Allí los naturales viven todavía en gran número. Se conservaron gracias a las leyes de protección (Las Casas), sus poblaciones son del tipo de las reducciones, que no se conoce ahora en la zona del Pacífico, donde tal vez jamás estuvo en uso. Los indios quekchíes habitan sus terrenos todavía en ranchos aislados, excepto en los pueblos grandes como Carchá, San Cristóbal, Cahabón, etcétera. De sus habitaciones van en ciertos períodos del año a la finca que les habilita y en cuyos terrenos encontrarán otros domicilios. Las galeras largas, como en las fincas de la costa del Pacífico no se hallan en la Alta Verapaz, tampoco hay maquinarias completas, excepto en unas pocas fincas, generalmente las más ricas. La habitación rural de los indios en la Alta Verapaz, representada por aldeas, de unas 30 hasta 50 familias, tiene como centro la "ermita", que es una especie de cabildo situado en medio del monte o de la montaña. Sirve como posada al viajero, como iglesia, cabildo y rastro en los días de fiesta, a los naturales. En la plaza que da frente de la choza hacen sus bailes de máscaras. Además, la "ermita" es el cementerio, costumbre que recuerda algo los poblados prehispánicos de Nicoya, mencionados antes.

La posición de las fincas se acomoda a las formas

Jel terreno y a la cercanía del agua corriente, que tiene que poseer una caída bastante escarpada para desarrollar fuerza motriz. Donde falta, como sucede muchas veces en la Alta Verapaz, se usan las aguadas que se forman en el fondo de las colinas. En los declives de la cordillera costeña se elige la posición tomando en cuenta los vientos reinantes (foen), que pueden impedir la fundación de ellas. Las circunvalaciones escarpadas de los lagos grandes en la América Central, producen resultados semejantes.

En la zona bananera de Centro América se distingue más la habitación rural de los trabajadores. Las compañías fruteras introdujeron un estilo moderno en la Costa Atlántica. La traza de los sitios es igual en todas partes, sea en Costa Rica, Honduras o Guatemala. Agrupaciones de casas de madera elevadas en pilares de cemento. Los corredores, las puertas y ventanas, deberían ser protegidos con tela metálica, pero no se ha hecho así en todas partes. Alrededor de las casas se ha limpiado del monte y árboles el suelo, de modo que siempre sopla el aire dentro de la casa. En los techos de lámina, hay cisternas para captar el agua de lluvia, que se usa como agua potable. En medio de un cierto número de tales poblaciones, se halla un centro de casas más confortables para los empleados, provistos de comodidades europeas o norteamericanas. Las circundan praderas finas, plazas de golf y de tennis, rodeándolas bosques de palmas y setos de flores tropicales. Todos los sitios se ordenan a lo largo de las líneas ferroviarias, atravesando los platanares en todas direcciones. El conjunto de los terrenos pertenecientes a una compañía está esparcido en secciones, con números y nombres particulares. Cada sección tiene distinta clase de nombres para sus sitios principales, por ejemplo, a un grupo se le da el nombre de una tribu indígena, al otro el de alguna planta, etcétera, de modo que se puede orientar cualquiera, bien pronto, en los terrenos dilatados.

El propósito de nuestro modesto estudio es examinar en un cuadro general la habitación rural en la América del Centro. No pudimos entrar en otros detalles del problema, por ejemplo sociales y jurídicos, pues ello nos separaría de las bases puramente geográficas e históricas de nuestra tesis.

La diferencia principal entre la habitación rural de Centro América, México y de los países andinos de la América del Sur, está en la desaparición de formas e instituciones tan antiguas en nuestra región, como las que existen todavía en los otros países. La América Central ha conservado la habitación rural de la época de la Colonia. Para comprenderlo necesitamos de conocimientos geográficos y, más todavía, de la historia de los países centroamericanos, pues el estado actual de esas poblaciones es la consecuencia del desarrollo histórico, en primer lugar, y en el segundo, del de su geografía física y humana.